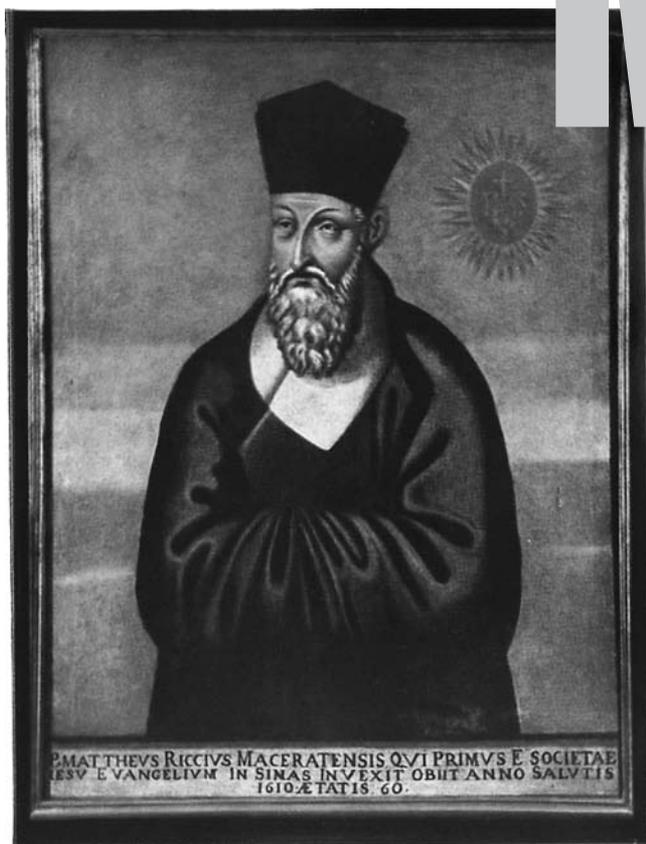


Matteo Ricci: el jesuita de Occidente que se hizo hermano de Oriente

400 años después

Jhozman Camacho, s.j.*



El 11 de mayo de 1610 Matteo Ricci fallecía apaciblemente rodeado de sus compañeros jesuitas y colaboradores más cercanos en su residencia de Pekín. He aquí una semblanza de este jesuita singular

M

urió en la modestia de su aposento, en contraste con la majestuosidad de la Ciudad Prohibida, símbolo de un imperio cerrado a los extranjeros. Antes de morir uno de los jesuitas, al pie de su cabecera, le preguntó si sabía bien en qué situación dejaba a los Padres de la Compañía cuando ya no estuviera con ellos. Esto fue lo que dijo: “Os dejo ante una puerta, abierta a grandes cosas; pero no sin muchos riesgos y peligros”. Con esta frase definía a la perfección su proeza: establecer un diálogo entre Occidente y Oriente, al mismo tiempo que empeñarse en una profunda inculturación del Evangelio en la vida y cultura del gran pueblo chino sorteando múltiples obstáculos y dificultades. A cuatrocientos años de esta proeza conviene que recordemos la figura de este jesuita que se atrevió a *abrir puertas* adentrándose en el Reino del Dragón.

Matteo Ricci nació en Macerata (Italia) el 6 de octubre de 1552 en una de las familias más distinguidas de la ciudad. Entra en la Compañía de Jesús en 1571, a pesar de la oposición de sus padres. Luego de hacer el noviciado estudia geografía y matemáticas en el recién fundado Colegio Romano (hoy Universidad Gregoriana) con el eminente matemático jesuita Christophours Clavius. Parte de su formación incluyó astronomía, ciencias exactas y construcción de instrumentos científicos tales como relojes mecá-

nicos y de sol, astrolabios y esferas –conocimientos que le fueron muy útiles para impresionar a los chinos con su sofisticación técnica–. En 1583 es enviado a China donde se establece junto al jesuita Michele Ruggieri, en Zhaoqing, construyendo el primer puesto misional de los jesuitas en China, que constaba de una casa y una capilla. Gracias a su fama de sabio es recibido por las clases cultas y aristocráticas chinas ganando influencia y amistades. Cuando las condiciones estuvieron dadas abrió una residencia en Nanking. Su deseo era llegar hasta Pekín (cuna de la dinastía Ming) pensando que la conversión de China debería comenzar por la del Emperador y las clases altas. En 1601 logra, luego de grandes esfuerzos, ser recibido por el Emperador Wan Li.

A su muerte, la misión jesuita de China tenía ocho sacerdotes extranjeros, ocho hermanos coadjutores chinos que trabajaban en cuatro residencias. Los cristianos de Pekín eran 150 y los de China 2.500.

Llamado por los chinos *el hombre sabio de occidente* y por importantes historiadores como “el intermediario cultural más sobresaliente de todos los tiempos entre China y occidente”, Ricci compuso unos 20 libros, científicos, de religión y temas morales. Como astrónomo preparó un calendario más exacto, importantísimo en la vida de la nación, predijo eclipses y confeccionó mapas como jamás se habían visto en China. Introdujo grandes desarrollos en matemáticas aplicables a los chinos y en 1600 publicó los primeros mapas de China conocidos en Occidente. Tradujo los *Cuatro libros de Confucio* al latín e ideó el primer sistema para transcribir el idioma chino en letras romanas.

No obstante, pese a estos logros tan notables, el nombre de Matteo Ricci no fue tan popular y reconocido como lo es ahora. Durante casi tres siglos su figura estuvo signada por la contro-

versia de los Ritos Chinos, que ocuparon una página muy dolorosa en las relaciones apostólicas entre la Santa Sede, las legaciones misioneras y las autoridades chinas. El método de adaptación cultural de Ricci siempre fue visto con recelo por la supuesta omisión de la revelación de Jesucristo a favor de una aproximación sincrética que diluía el mensaje cristiano en su aspecto esencial. Quizá su propuesta extraordinariamente innovadora y creativa hizo que no se le comprendiera en todo su detalle y significación. Sólo ahora estamos empezando a valorar su legado.

Ricci reconoce enseguida los temas comunes que la especie humana comparte: búsqueda científica, preguntas sobre Dios y el mundo, la fundamentación moral de la convivencia. Tomando estos elementos como punto de partida, reconoce también la diversidad de los recursos culturales, que se presentan, para afrontarlos. La imposición cultural de un cristianismo occidentalizado parecía que no era el camino correcto. Ricci se vió en la necesidad de innovar. En efecto, su actividad apostólica es innovadora en tres aspectos: 1) *la apertura de China al resto del mundo* que ha constituido un acontecimiento de influencia incalculable en lo que se refiere a eficacia y duración. Nunca antes un occidental había gozado de tal confianza por parte del Imperio Chino y posibilitó un acercamiento tan notable; 2) *las innovaciones científico-tecnológicas* que permitieron un diálogo revelador de la naturaleza profunda del hombre dotado de la razón por Dios, a partir del lenguaje común de la racionalidad científica y técnica; 3) *la innovación filosófica, religiosa y artística* que obligó a los cristianos a expresar el Evangelio por medio de las categorías simbólicas de una cultura milenaria, en muchos aspectos ajena a las valoraciones y familiaridades de la civilización occidental.

Así pues, si tuviéramos que sintetizar los aportes de Ricci diríamos que fue pionero en la búsqueda de un fundamento común para el diálogo y el intercambio cultural. Se valió de su gran prestigio como sabio y de su profundidad teológica para sugerir un camino alternativo de evangelización que incluyera a la cultura y la ciencia universal como uno de sus elementos esenciales. En palabras de Adolfo Nicolás –Superior General de los jesuitas– el testimonio de Matteo Ricci es “una experiencia de anuncio y encuentro que llegó al corazón del país y ha dejado marca en la historia. El camino que él escogió fue el encuentro, la conversación amistosa, el contacto personal, buscando ante todo confrontar a su interlocutor con su propia cultura, es decir, su modo peculiar de contemplar el mundo”. Palabras de profunda actualidad que nos invitan a traspasar las puertas que abrió Ricci hace cuatrocientos años; ya que nos encontramos en el pórtico de una globalización donde el diálogo, el respeto, la colaboración y la amistad deberían regir las relaciones entre Oriente y Occidente tal como lo hizo Mateo Ricci; el jesuita que siendo hijo de occidente se convirtió en hermano de Oriente.

*Miembro del Consejo de Redacción de SIC.